

15a Sesión de próroga del 22 de Octubre de 1888

Presidencia del doctor Tagle

SUMARIO—Continúa la discusión pendiente sobre el dictámen de la comisión de legislación en el proyecto de ley, en revisión, estableciendo el matrimonio civil.

PRESENTES

Presidente
Alba Carreras
Arias (J. I.)
Aujier
Balestra
Barrasa
Basualdo
Berdia
Bruchmann
Bustillo
Cabeza
Cáceres
Campillo
Carballido
Carbonell
Castro
Civit
Colombres
Calderon
Dominguez (C.)
Escalante
Espinosa
Estrada
Figuerola (F.J.)
Figuerola (M.)
Garcia
Gimenez
Goyena
Hernandez
Huidobro
Lopez
Lubary
Mallea
Mansilla
Meyer
Molina
Moran

En Buenos Aires, á 22 de Octubre de 1888, reunidos los señores diputados inscriptos al margen en su sala de sesiones, el señor presidente declara abierta la sesión, siendo las 2 y 55 p.m., con asistencia del señor ministro de justicia, culto é instrucción pública, doctor don Filémon Posse.

ACTA

—Se lee y aprueba sin observación la de la sesión anterior.

ORDEN DEL DIA

MATRIMONIO CIVIL

Sr. Presidente
—No habiendo asuntos entrados, se vá á pasar á la orden del día.

Continúa con la palabra el señor diputado por la provincia de Buenos Aires.

Olmedo
Olmos
Parera
Pellegrini
Pino
Posse
Ramos Mejia
Riquelme
Ruiz
Sarmiento
Soler
Torres (Gmo.)
Varela Ortiz
Videla
Villagra
Zeballos
Zorrilla

AUSENTES

Con licencia

Alcorta
Avellaneda
Maciá
Lagos
Mendoza
Ortiz
Prado
Rodriguez
Tejerina

Con aviso

Bermejo
Bores
Dantas
Lalanne
Obligado
Ocampo
Fernandez
Sosa

Sr. Goyena—Señor presidente: observaba, al terminar las palabras que pronuncié en la última sesión, que el punto de vista en que se había colocado el codificador argentino, le había permitido establecer en cuanto al matrimonio, un conjunto de disposiciones satisfactorias para las necesidades de la época en que el código se dictaba y para la vida ulterior de la República, cualquiera que fuese el desarrollo que alcanzara.

Dije que el doctor Velez Sarsfield, estudiando la situación del país para el cual proyectaba su código, asumía la posición que en el año 1853 tomara el congreso argentino. Legislabá para un país católico y respetaba la institución del matrimonio tal como los cánones de la Iglesia la expresan. Tomaba en cuenta los elementos que habían de venir á aumentar las fuerzas sociales, y abría á los disidentes el acceso á las venta-

Octubre 22 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

15ª Sesión de próroga

Sin aviso

Arias (F.)

Bosch

Cano

Centeno

Dominguez (J. A.)

Gallo

Gonnet

Lársen del Castaño

Laurencena

Luro

Malbrán

Padilla

Portela

de las personas pertenecientes á aquellas sectas.

ja: de la union matrimonial, con las disposiciones consignadas en el código y que no han motivado hasta ahora queja ni reclamacion alguna.

Dije que el Dr. Velez iba mas allá todavía, y que, poniéndose en el caso de sectas que no estuvieran dentro de los límites del cristianismo, reconociera efectos civiles á las uniones maritales

El Dr. Velez exigió en todos los casos de matrimonio celebrado en el país, el carácter común de la religiosidad para reconocerle eficacia en el orden civil: matrimonio—sacramento, cuando se trata de católicos; matrimonio—sacramento igualmente, cuando se trata de católico y cristiano no católico; matrimonio religioso cuando se trata de cristianos no católicos, y matrimonio religioso también cuando se trata de personas que no profesan el cristianismo.

Quedaba un último grupo de individuos á considerar: el de aquellos que no profesan religion positiva alguna y este es el vacío que se notó por algunos en el código cuando se discutió sobre la materia que ocupa actualmente la atención de la cámara.

Á este respecto he observado para explicar la ausencia de toda disposición sobre el particular en nuestro código civil, que las individualidades que se hallan fuera de toda fórmula religiosa, no constituyen una agrupación tal que exija que el legislador fije la consideración en ella, para estatuir sobre la union de aquellas personas, produciendo cambios que alteren el espíritu religioso, que por razones de vital interés para la sociedad debe influir en la legislación civil relativa al matrimonio.

Ahora bien: continuo considerando la materia bajo el mismo punto de vista, y digo: hemos vivido desde el año 71, en que el código se promulgó, hasta la fecha, sin que sus disposiciones concernientes al matrimonio hayan producido dificultad alguna, ni suscitado un movimiento de opinion en su contra.

La tentativa hecha en la provincia de Santa-Fé en el año 67, dió ocasion al primer debate público sobre el matrimonio civil, haciéndose en esta ciudad extensas y numerosas publicaciones sobre la materia.

Entonces, los espíritus estudiosos de las

cuestiones sociales pudieron darse cuenta de las funestas consecuencias que aquella institucion produciria en la moralidad de nuestro país.

El proyecto á que me refiero llegó á ser ley, y apenas sancionado, el gobierno que lo inició, cayó completamente desprestigiado; y se restableció la legislación tradicional, en cuanto al régimen del matrimonio, en aquella provincia argentina.

Y es un gran argumento contra la tentativa actual, el que suministra el fracaso de aquella ley de matrimonio civil en la provincia de Santa-Fé y el espectáculo que ella nos ofrece en los días presentes.

Santa Fé, sin esa ley de matrimonio civil que se consideraba por sus iniciadores como la condicion indispensable de su desarrollo, ha progresado asombrosamente. Afluyó á su territorio la mas poderosa corriente de inmigracion, y esa inmigracion es laboriosa, excelente, cristiana.

Las numerosas y prósperas colonias de esa provincia son el mejor argumento en contra de los que pretendieron establecer en ella el matrimonio civil, afirmando que solo de esa manera podria desenvolverse la riqueza de Santa-Fé.

Puede decirse lo mismo respecto de todo el territorio de la nacion, que se halla en las condiciones de la provincia mencionada; los hechos nos están mostrando que para desenvolver y aumentar la riqueza no es necesario innovar cosa alguna en la legislación del matrimonio.

Quiero ahora, señor presidente, considerar la cuestion bajo otra faz. Entro en lo que puede llamarse la parte central de mi exposicion.

Qué es el matrimonio?

Nuestro código, tan pródigo en definiciones, no lo define. Supone el concepto del matrimonio fijado en una region superior á la del derecho civil; hace referencia á las fuentes de donde fluye esa nocion; no enuncia una fórmula propia como al tratar de la venta, por ejemplo.

Ya en este modo de comenzar á tratar de la materia, se vé que el doctor Velez reconocia que estaba estatuyendo, cuando redactaba su código, no sobre la institucion del matrimonio considerada en si misma, sino sobre la institucion solo en sus efectos, en sus aplicaciones á la vida civil.

Se ha explicado, con mucha pertinencia por mi honorable colega el señor diputado Estrada, cómo es el contrato mismo de matrimonio lo que ha sido elevado á la dignidad de sacramento por Jesu-Cristo, Nuestro Señor; y mostrado con toda evidencia que,

Octubre 22 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

15ª Sesión de próroga

siendo esto así, el poder civil es incapaz para legislar sobre el contrato.

Bien, señor. Pero aún á los mismos abogados, á las mismas personas que tratan habitualmente cuestiones jurídicas, les ocurre cierta dificultad, á la cual, lo confieso, no he escapado cuando oí hablar por primera vez á los doctos, llamando al matrimonio *contrato natural, contrato divino*.

Y se explica que semejante sorpresa nos cause tal nomenclatura, cuando todos los contratos de que nos ocupamos en la vida del foro, son contratos civiles ó comerciales. La idea general, el concepto jurídico de contrato, no ofrece dificultad alguna. Nuestro código dice perfectamente: hay contrato cuando hay acuerdo de dos ó mas personas sobre una declaración de voluntad común, destinada á reglar sus derechos.

Bajo este respecto, siendo necesario para la formación del matrimonio, cualquiera que fuese la definición que de él se formulara, un acuerdo de intenciones, una manifestación recíproca de consentimiento á fin de someterse á un régimen de vida común, hay evidentemente allí el concepto del contrato.

Pero ese contrato no ha venido á producirse en el mundo después de cierto desarrollo de la civilización, como el seguro marítimo, por ejemplo, que apareció en el derecho después de largos siglos en que los riesgos inevitables de la navegación habían destruido enormes valores y enervado el espíritu de empresa, necesario al desarrollo comercial.

Un día el ingenio del hombre, solicitado por el deseo de hallar remedio á esos males, encontró el modo de resguardar al capital contra las eventualidades de la navegación, inspirando confianza al comerciante y facilitando las relaciones entre los pueblos.

Fué una gran invención el seguro marítimo, asombrosa aun cuando no sea tangible, aun cuando no revista las formas materiales del telégrafo ó la locomotora.

La ciencia jurídica tiene tambien sus inventores: inventar no significa crear, si no descubrir, y se descubre lo mismo en la naturaleza física que en la región intelectual.

Pero el matrimonio no nació como el seguro, cuando la vida de muchos pueblos se había desenvuelto á través de los siglos.

Antes de existir la sociedad, y para que ella existiera, existía ya el matrimonio; él es la fuente de la familia, y por lo mismo de la sociedad.

El acuerdo de voluntades no se produce en el matrimonio como en los contratos ci-

viles; la formación de estos responde á circunstancias variables; pero para contraer el matrimonio, hay tendencias de la naturaleza humana que influyen de una manera imperiosa.

En la organización que dió el Creador al hombre, estuvo desde el principio del mundo instituido el matrimonio: el varón y la mujer manifestaron el consentimiento recíproco de unirse materialmente. Así se resguardaba la propagación de la especie, así las voluntades se encontraban en el acuerdo que es la esencia de los contratos.

Ningun contrato ha nacido de esa manera. No ha nacido así la compra-venta; la permuta misma supone ya diversas familias; pero la venta supone mas todavía; supone la invención de un elemento abstracto, del equivalente y denominador común de los valores, en una palabra, supone la invención de la moneda.

Hubo sociedad sin compra-venta, hubo sociedad sin seguros; pero es evidente que la sociedad no hubiera podido existir si el hombre y la mujer no se hubiesen unido maritalmente.

Luego, cuando se trata de legislar sobre el matrimonio, la situación del legislador humano es muy diversa de la que tiene cuando estatuye sobre los contratos de carácter civil, es decir, de aquellos contratos que han nacido en el seno mismo de la sociedad, respondiendo á sus diversas necesidades.

El matrimonio no es un contrato civil; el matrimonio es un contrato que arranca inmediatamente de la naturaleza; es un contrato natural.

El legislador humano no lo ha creado; tiene que aceptarlo; no lo rige en sí mismo; rige solo sus efectos civiles.

Pero se dice tambien que el matrimonio es un contrato divino. Aquí debemos abrir la Biblia, la Biblia tan grotescamente, tan irrespetuosamente tratada por un orador en el senado.

El libro de los libros nos enseña que Adán en presencia de Eva, dijo:

«Esto es carne de mi carne y hueso de mis huesos; por esta causa dejará el hombre al padre y á la madre, y se unirá á su mujer, y serán dos en una sola carne.»

Pasó el tiempo; las costumbres del pueblo judío habían decaído lamentablemente; y el matrimonio se conservaba como fué al principio. Un día los fariseos preguntan á Jesucristo, para tentarle, si es lícito repudiar á la mujer por cualquier motivo; y Jesucristo les responde diciendo: «¿No habeis leído que aquel que al principio creó al linaje humano, creó un solo hombre y una sola mujer, y

Octubre 22 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

15ª Sesión de próroga

que se dijo: portanto dejará el hombre al padre y á la madre y se unirá con su mujer, y serán dos en una sola carne? Así es que ya no son dos, sino una sola carne; lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre: *Quod Deus conjunxit, homo non separet*.

He aquí la palabra del Señor; he aquí repetido lo que dijera Adán en el Paraíso, inspirado por el Espíritu Santo, afirmando que el hombre se uniría á su mujer y serían dos en uno; he aquí la fórmula de la indisolubilidad dictada por Jesucristo; he aquí el contrato divino.

Pero hay mas que el contrato natural y divino; hay el contrato elevado á sacramento. En las bodas de Caná de Galilea, á las cuales asistía Jesucristo Nuestro Señor, elevó á tan alta dignidad el matrimonio; así, pronunciadas las palabras de consentimiento recíproco por el hombre y la mujer, que ligan para siempre segun el rito de la Iglesia, hay ya esa infusión admirable de la gracia que perpetúa el amor, fecunda el hogar y lo ennoblece con la virtud.

¿Cómo, pues, la conciencia católica, en presencia de una ley cual la ley propuesta, no se ha de sentir conmovida, profundamente herida, cuando esa ley, si no va á impedir el matrimonio cristiano (lo que sería ya el colmo del escándalo), va á establecer con los mismos efectos en la sociedad, con las mismas prerogativas que la tenido aquel, una ceremonia meramente civil, laica, desdeñosa de Dios?

Este proyecto, por otra parte, si se convierte en ley, va á ser en la práctica doblemente ofensivo á lamagestad de Dios por la torpeza ó por la ligereza con que va á ser administrado un asunto que tanto afecta el corazón y el porvenir del hombre, esto que constituye el hogar, esto á lo cual se ligan todas las nobles esperanzas de la vida.

Pero, señor, considerando jurídicamente la cuestión, haré un argumento para mí de la mayor importancia, y muy accesible á cualquier persona medianamente familiarizada con las materias del derecho civil: es el siguiente:

Todo código tiene una estructura. Un código no es un conjunto de disposiciones puestas al acaso, sin orden, sin método, unas despues de otras.

Si tomáramos los mismos artículos que componen nuestro código civil y les diéramos otra colocacion, ya no sería un código; habría la misma cantidad de cláusulas, de palabras, las mismas letras, los mismos conceptos, pero se habría perdido la estructura, la unidad, la armonia del código. No merecería semejante nombre.

Bien: todo código tiene una estructura,

y desde los tiempos del derecho romano, esa estructura no varia fundamentalmente.

¿Cuál es la de nuestro código? Nuestro código comienza como las Institutas de Justiniano, con un libro sobre las personas; trata primero de ellas y de los derechos que les son inherentes. ¿Por qué? Porque se empieza por el principio. Primeramente se considera el sujeto de los derechos: se considera el hombre que nace, el desarrollo de su capacidad desde la infancia; y bajo la faz de los efectos civiles, el matrimonio. En las Institutas se llama este título: *De nuptiis*, y entre nosotros: *régimen del matrimonio*.

Figuran tambien en ese primer libro: la patria potestad, que es la manifestacion del derecho del padre sobre los hijos en el orden civil; la tutela, que suple la patria potestad cuando faltan los padres; la curatela, que viene en ayuda del sujeto del derecho, cuando es incapaz.

Despues del libro de las personas, se trata de la estension de la personalidad jurídica; se trata de los derechos creditorios, de la prolongacion, digamos así, de la personalidad del hombre cuando no afecta inmediatamente las cosas, sino una parte de la actividad de los otros hombres; cuando no afecta las cosas sino por el intermedio de otra persona. Este es el derecho de las obligaciones.

Pero ese mismo sujeto del derecho, considerado al principio del código, puede tener vinculadas directamente las cosas en su favor, y entonces se trata de los derechos reales.

Dos materias, pues, forman esta parte del código: obligaciones y derechos reales.

Pero la vida se acaba; llega un momento en que el hombre abandona la tierra; y quedan sus bienes, queda un conjunto jurídico que se trasmite por el ministerio de la ley ó por la voluntad particular á otro individuo. Y viene así á tratarse de las sucesiones ó sea el derecho hereditario.

Títulos complementarios cierran la obra.

Esto es un código.

Y ¿dónde está ubicado en nuestro código, el matrimonio? ¿Dónde lo está en las Institutas de Justiniano? En el libro de las personas.

¿Por qué no se encuentra el título del matrimonio, al lado de los títulos de la compra-venta, de la locacion, del mandato?

Es que el legislador no quiso degradar esta

Octubre 22 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

15ª Sesión de próroga

institucion, poniéndola allí. Entre estos títulos de los contratos civiles, hay algo, sin embargo, que se liga con el matrimonio: la sociedad conyugal, pero es porque ella se refiere á los bienes de los cónyuges.

Ahora viene el proyecto de ley en discusion, y se pone en contradiccion con la doctrina de sus sostenedores; pues coloca en el libro de las personas un contrato civil. Si el matrimonio no es mas que esto, no debiera indudablemente figurar en tal sitio. Se desaloja irrespetuosamente al matrimonio religioso, del lugar en que lo colocó el Dr. Velez, para colocar allí un contrato al cual los sostenedores del proyecto asignan el mismo carácter que á la venta y al comodato.

Señor: yo he tocado la cuestion bajo el punto de vista del contrato natural y divino, para mostrar al matrimonio en esferas mas altas que las relaciones de carácter civil; y llevo ahora al sacramento.

Muchas veces se ha hablado, tanto en el senado como en esta cámara, del sacramento, para demostrar que la ley civil, siendo el contrato inseparable del sacramento, no puede estatuir sobre el contrato, sin usurpar los derechos de la Iglesia á quien exclusivamente compete la administracion de los sacramentos.

Yo quiero detenerme en la consideracion del sacramento á riesgo de causar estrañeza á la cámara. Ilustrada como es ella, creo, sin embargo, producir esa impresion por la novedad escepcional del asunto.

Ha dicho el jóven y elocuente diputado por la capital que no debiéramos hablar aqui como si estuviéramos en un concilio, sino como hombres de estado que discuten un asunto de interés público.

Yo pienso que es necesario á veces autorizar al orador para usar ámpliamente de la facultad de considerar la materia sometida á la cámara, bajo diversos aspectos, aun cuando algunos de ellos sean de un carácter extraordinario, si ilustran, como creo que sucede ahora, un punto esencial en la discusion.

El señor diputado que nos daba aquel consejo, se presentaba en gran parte de su exposicion como si él mismo hubiera estado en el concilio de Trento: hacia aparecer los cardenales, el general de los jesuitas, los enviados de los reyes: entraba en los incidentes del concilio lamentaba no tener las actas y usaba muchas palabras propias de las grandes controversias religiosas. No estrañe, pues, la cámara que yo me detenga en este asunto principalísimo del sacramento,—del sacramento que es lo querido, lo amado, lo venerado con

toda su viveza por el alma católica; lo que ella quiere que no sea tocado jamás por la mano del poder civil.

Yo leia hace tiempo un orador que me causa verdadero asombro; viste hoy la púrpura cardenalicia; se llama Alimonda. Trata el orador en una conferencia de las muchas que ha dedicado á dilucidar las grandes cuestiones agitadas en nuestro siglo, trata, digo, del matrimonio, del matrimonio sacramento. Cita ciertas palabras de Goethe, uno de los escépticos mas conocidos de nuestro siglo, que sustancialmente dicen esto: Lo que me asombra en la religion católica son los sacramentos! ¡Qué admirables consuelos debe haber en ellos para el alma! ¡Cuánto se complace uno en considerar la luz que de ellos se esparce sobre la mente!

Alimonda continúa y dice: Hablando de sacramentos delante de cierto público de nuestros días, se nos contesta: No entendemos! ¿para qué nos hablais de eso? Nosotros no nos colocamos de antemano en una situacion hostil á vuestras palabras; no tenemos el propósito de no ser convencidos, pero francamente, no entendemos. ¿Qué es este signo visible de una gracia invisible? ¿Cómo es que el agua sobre la cabeza de un infante, que la ablucion externa puede modificar el espíritu del hombre, habilitándolo con un caudal de luz, de fortaleza, de favor divino para las luchas de la vida? No comprendemos tampoco que si el matrimonio sacramento consiste solo en que un hombre y una mujer bautizados, con la intencion de vivir maritalmente unidos, pronuncien delante del cura y los testigos, las palabras espresivas de su mútuo consentimiento, — infunda, esa pareja tal virtud, tal alegría, tal valor para sobreponerse á las penalidades de la vida, que se halle en una situacion moral incomparablemente superior á la situacion de los que no se unen como la iglesia ha mandado.

Y Alimonda, que ha estudiado todo lo que el espíritu mas investigador puede adquirir en la region donde se debaten las cuestiones de nuestro siglo; que ha penetrado en el campo de las ciencias naturales; que lee á Drapper, á Spencer, á Darwin, como aparece en sus estensas y numerosísimas conferencias; Alimonda dice al público especial á que alude: permitidme hablaros sobre el asunto de los sacramentos, desde un punto de vista que os es familiar. Vosotros encontrais el agua á cada paso. ¿Qué es el agua? El agua es la combinacion del hidrógeno con el oxígeno, en la relacion de dos volúmenes de hidrógeno y uno de oxígeno. No es mas el agua; pero mezclad en ella vuestro ingenio, y el agua se convierte en celeridad, en fuerza, en comercio, en riqueza, en civilizacion. Y si la mente del hombre mezclándose con

Octubre 22 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

15ª Sesión de próroga

el agua, puede producir esos fenómenos asombrosos en el mundo ¿qué será si el espíritu de Dios penetra en ella? (*Aplausos*).

No estrañéis, agrega el orador, que la ablucion externa sea el signo que signifique la ablucion interna, que signifique y cubra la gracia.

En el caso del matrimonio, me preguntais: Las palabras que se han cambiado un hombre y una mujer relativamente á su vida comun, ¿qué eficacia pueden tener sobre su union, sobre su vida? Pues bien, vosotros hablais: ¿qué es vuestra palabra? Es un soplo, es el aire en movimiento; pero introducid en ella vuestra alma, y esa palabra es elocuencia, esa palabra es conviccion, esa palabra es verdad contagiosa!

¿Que será, pues, si cuando las palabras espresivas del consentimiento se cruzan entre esos dos seres que van á unirse, el espíritu de Dios se mezcla en ellas? ¿Por qué asombrarse de que ellas fortifiquen y ennoblezcan á los esposos?

Ese es el matrimonio sacramento! (*Aplausos*).

Se comprende, pues, cuán profunda perturbacion produce en la conciencia católica por su espíritu de desprecio al sacramento del matrimonio, una ley que hace caso omiso de él y comienza por decir: no hay otro matrimonio á los ojos del Estado que el establecido en las presentes cláusulas.

¿Qué mayor desprecio á la fé de los hijos de la Iglesia?

¡Y qué peligro tambien para el porvenir! Porque así como ahora se asigna el carácter de una estipulacion cualquiera, al matrimonio, que hasta en el paganismo fué considerado algo muy superior al contrato civil, una institucion fundamental, se pretenderá legislar despues sobre otras materias agenas al poder temporal, y vendrán grandes males á la sociedad.

Señor presidente: se repite que es un contrato civil el matrimonio. Y bien: despues de las palabras pronunciadas por el señor ministro en el senado, criticando la legislación eclesiástica sobre el matrimonio, porque permite celebrarlo á los hombres que tengan catorce años y á las mujeres que tengan doce—el proyecto de ley presentado actualmente á la consideracion de la cámara viene á decir todavia: pasados los doce años, para la mujer, y los catorce para el varon, son hábiles para casarse. El señor ministro fijaba la edad de diez y ocho años en su proyecto; y en toda legislación sobre matrimonio nos encontramos con esto que es una verdadera aberracion, si hemos de considerar que el matrimonio es un contrato civil,—á saber,

que se exige menos edad para celebrarlo, que para celebrar los demás contratos.

Pero es que el punto de vista del legislador no es el mismo en uno y otro caso.

Se origina el matrimonio de la organizacion del hombre. Si éste es hábil naturalmente para celebrarlo, no puede negársele la facultad juridica de casarse. Gravísimos males se seguirian de contrariar tendencias que el matrimonio está destinado á satisfacer, si se fijara una edad mas tardía para contraerlo.

¿Cómo se diria, por otra parte, que el matrimonio es un contrato civil, cuando vá á crear una situacion que compromete y liga para siempre á las personas, cuando produce el estado de legitimidad de los hijos, el parentesco de consanguinidad y de afinidad, y la sumision de los cónyuges al régimen de vida comun?

El derecho romano no colocaba, como dije, el matrimonio entre los contratos; y no dejaré de repetir aquellas palabras tan famosas de Modestino: El matrimonio es la union del hombre y de la mujer, el consorcio de toda la vida, la comunicacion del derecho divino y del humano.

Señor presidente: ¿cómo vendríamos en este siglo á rebajar el matrimonio á una formalidad civil, cuando vemos que hasta en los tiempos de una civilizacion inferior, en aquellos tiempos tan lejanos que Fustel de Coulanges estudia en su libro de «La ciudad antigua», está reconocido como una institucion digna de la mayor consideracion?

Pues qué! ¿No se sabe que la incorporacion, por el matrimonio, de una jóven á la familia de su marido, cambiaba hasta su culto particular; que empezaba á tener parte en nuevos ritos religiosos, y entraba á participar así de especiales favores en la nueva familia? ¿Era esto un mero contrato civil?

¿Vamos nosotros, despues de diez y nueve siglos de cristianismo á retroceder mas allá de los paganos? Regidos por la legislación que proyectó el doctor Vélez, respetando la religion de los argentinos y de la inmensa mayoría de los extranjeros establecidos en el país, ¿vamos á desnaturalizar el matrimonio por el simple prurito de imitacion de algunas leyes extranjeras?

Vuelvo al principio de mis palabras y digo: no veo en la sociedad, en los elementos que la componen, ni en los que se han incorporado á ella por el incesante aflujo de la inmigracion, nada que marque un movimiento, una tendencia en el sentido de solicitar un cambio de las disposiciones de nues-

Octubre 22 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

15ª Sesión de próroga

tro código civil en la parte referente al matrimonio.

La reforma que se proyecta es arbitraria y antojadiza.

Señor presidente: me encuentro un poco fatigado y pediría que pasáramos á un cuarto intermedio.

Sr. Presidente—Invito á la cámara á pasar á cuarto intermedio.

—Así se hace.

—Vuelto á sus asientos los señores diputados, continúa la sesión.

Sr. Goyena—He estudiado lo que estatuye, respecto al matrimonio, nuestro código civil, creyendo haber demostrado que sus disposiciones responden á un espíritu respetuoso hácia el catolicismo, y que la reforma propuesta es contraria á la buena doctrina jurídica y promovida arbitrariamente.

Me llamó mucho la atención cierta afirmación enunciada por el señor miembro informante cuando después de hablar con elocuencia de la notable personalidad del doctor Velez Sarsfield, decía que al estudiar esta cuestión no había vacilado un momento en creer que, dadas las circunstancias en que el eminente jurisconsulto proyectó el código civil, su título del matrimonio era aceptable—agregando enfáticamente que podía decirse que el doctor Velez Sarsfield había sido el introductor y como el padre de esta ley de matrimonio civil.

Mucho me llamó la atención, como digo, este concepto; porque después de leer y releer las disposiciones de nuestro código, había sacado yo la consecuencia diametralmente opuesta á la deducida por mi honorable colega.

Pero el señor miembro informante de la comisión no avanzaba, sin buscar algún fundamento, la afirmación á que me referí.

Él decía: Comienza el capítulo sobre el matrimonio refiriéndose á los celebrados fuera de la República, y declara que con tal que esos matrimonios estén sujetos á las formalidades establecidas por las leyes del país donde se han celebrado y no haya en ellos incesto ó poligamia, serán admitidos como válidos y producirán los efectos civiles.

A esto llamaba el señor miembro informante de la comisión, el principio de una ley de matrimonio civil.

Tuve ocasión de decir á este respecto en la sesión anterior, que el código había ido lejos en semejante cláusula; pero agregó

que es necesario tener en cuenta algunas observaciones que, con otras que espondré, evidenciarán, en mi concepto, que el doctor Velez no ha intentado favorecer la sanción de una ley de matrimonio civil.

No reparaba en efecto el señor miembro informante que el doctor Velez ha establecido en el código que es válido en la República y produce todos los efectos civiles el matrimonio celebrado en país extranjero, aun cuando no produzca allí tales efectos, si lo ha sido según las leyes de la iglesia católica. Esto muestra claramente la importancia que nuestro codificador reconoce al matrimonio religioso.

Pero hay más. El doctor Velez ha hecho extensivas á todos los matrimonios que se celebren en nuestro país, las causas de nulidad de los matrimonios entre católicos.

El señor ministro de justicia, apreciando el código del Dr. Velez, de una manera contradictoria con la opinión manifestada por el miembro informante de la comisión, lo encontraba demasiado tirante precisamente por haber declarado vigentes para todos los matrimonios los impedimentos establecidos en los cánones de la Iglesia. El doctor Velez, absteniéndose de crear impedimentos dirimentes, procedió como un verdadero católico. No se diga, pues, que ha iniciado la ley de matrimonio civil.

Las notas del código, la opinión del doctor Velez citada en aquella cuestión del matrimonio civil, originada por primera vez en la provincia de Santa Fé, evidencia que nuestro codificador solo encontraba aceptable como institución del país el matrimonio religioso. Muy espresiva es la fórmula consignada en cierta nota de su obra monumental, cuando dice: El matrimonio civil solo puede satisfacer á los que no profesan religion alguna. Esto quiere decir: Yo, que estoy redactando el código civil de la República, no tomo en cuenta las observaciones de los que me urgen para que establezca el matrimonio civil, porque el hombre es un ser naturalmente religioso, porque el hombre, según la frase de Quatrefoiges, naturalista bien notorio de nuestro siglo, es *un animal religioso*; y no debe el legislador tomar como tipo para el cual va á legislar, aquellos individuos que constituyen una anomalía verdaderamente excepcional en la sociedad.

Se produjo, señor presidente, aquella célebre cuestión del matrimonio civil en Santa-Fé, que dió motivo á tantas polémicas en la prensa; y el señor don Félix Frias, cuyo nombre seria imposible silenciar en un debate como el actual, publicó aquellos memorables artículos que formaron la opinión pública en contra del proyecto iniciado por el señor Oroño.

El señor Frias, el argentino patriota, el hombre ilustrado, sincero, abnegado, que to-

Octubre 22 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

15ª Sesión de próroga

dos hemos conocido, se apoyó especialmente en nuestro código y en la gran autoridad científica de su autor para oponerse á la funesta reforma.

No se puede, pues, sostener con fundamento que el Dr. Velez Sarsfield figure entre los sostenedores del matrimonio civil.

Después de haber considerado el proyecto, del punto de vista de los antecedentes históricos del país, de la legislación civil y de la doctrina católica; después de haber mostrado que la ley propuesta no es reclamada por ninguna tendencia apreciable surgida del seno de nuestra sociedad tradicional ó de los elementos que vienen á incorporarse á ella, quiero entrar en otro género de reflexiones.

Señores, ¿se observa acaso en la vida política y social de la República Argentina, alguna manera de manifestarse el sentimiento religioso, que pueda inspirar justamente á los poderes públicos, recelos, desconfianzas, represalias?

¿Nos hemos encontrado desde que fuimos nación independiente, en alguna situación en que la conducta de los católicos haya creado un obstáculo al desenvolvimiento de nuestras instituciones?

¿El clero argentino se ha puesto á la cabeza de movimientos subversivos de la autoridad constituida?

Nó, sin duda alguna, nó!

Y tanto es así, que de su punto de vista el joven orador, diputado por la capital, increpaba mas bien á nuestro clero, como ya lo hice notar, por su abstención en la lucha tumultuosa de los partidos argentinos.

Encontramos católicos en los dos partidos tradicionales de nuestro país, y en las fracciones políticas en que se ha dividido después la opinion pública.

Los católicos han figurado en unas ó otras, ejerciendo sus derechos de ciudadanos con la amplitud que autoriza la Iglesia.

Hay una expresion que jamás empleo porque en el sentido que se le dá significa un concepto monstruoso, una manera de presentar la accion religiosa que rechazo con toda la energia de mi alma. Esa expresion es la de *partido católico*.

Se entiende por partido una reunion de hombres que se asocian para establecer una forma política, ó plantear un sistema económico, para llegar á la solucion de ciertas cuestiones dentro de esa forma ó de ese sistema, y á veces como sucede entre nosotros, para objetos que solo responden á simpatías ó móviles personales.

Hay, pues, en los partidos, aún los mas dignos y elevados, elementos puramente

humanos, mientras que la accion de los católicos está al servicio de verdades eternas. El catolicismo es incalculablemente superior al mejor partido; es una religion; es la religion verdadera.

Yo jamás consultaré otro criterio para orientarme en las cuestiones conexas con la religion, que las enseñanzas de la Iglesia, esa depositaria incorruptible de los tesoros de la verdad.

Así acaban de proceder, en los últimos debates del senado, los dos oradores que han impugnado el proyecto de matrimonio civil.

Sabida es la diversa significacion política que tienen en el país los dos senadores á quienes me refiero, y que con tanto brillo y con tanta ilustracion han combatido el matrimonio civil.

No se diga entónces que hay que legislar de una manera contraria á los intereses católicos, como si se tratara de disolver un partido que se opusiera á las instituciones del país.

Los católicos tenemos presente en nuestro corazon á ese predecesor, á ese maestro de quien hablaba hace algunos momentos, don Félix Frias. Nadie ha podido arrojar sombras sobre su nombre. Puso siempre su palabra al servicio de la religion. Predicó siempre la paz y la concordia. Estuve en divergencia con él en una situacion solemne de la política argentina; pero, conservando mis opiniones, me inclinaba, sin embargo, con profundo respeto y con amor ante el patriota fervoroso y sincero.

El espíritu católico es lo mas amplio y elevado que pueda concebirse; los sentimientos que inspira, nos levantan sobre las miserias de las luchas vulgares, y nos hacen dirigir la mirada á las altas regiones en que á la vez se expanden la inteligencia y el corazon. Ese espíritu, como lo dije en la sesion anterior, inspiraba al congreso de Tucuman, tan digno de grata y respetuosa memoria. Las asambleas argentinas debieran tener presente su ejemplo glorioso. Sus miembros eran católicos fervientes, y sobreponiéndose á todas las dificultades y á todas las pasiones estrechas, pronunciaron la famosa declaracion de la independencia.

En los tiempos posteriores á esa época, cuando se trató de darnos una organizacion política, los argentinos se dividieron; ardorosas luchas se trabaron; hubo católicos entre los unitarios, católicos entre los federales, como hay actualmente católicos que disienten en cuestiones de orden meramente político, en cuestiones secundarias; pero unos y otros han ejercido su accion dentro de las tendencias de nuestra sociedad y cooperado al establecimiento de las instituciones actuales.

Se les ha visto disentir en tales cuestiones.

Pero ellos deben unirse estrechamente cuando se trata de la religion, de los derechos de la iglesia, de lo que está arriba de toda discusion; porque entonces se aplica la fórmula: *In necessariis unitas*, en las cosas necesarias, la unidad!

Es digno de la mayor estrañeza que en la época actual, y cuando ocupa la sede apostólica el gran pontífice Leon XIII, cuya palabra serena, trasparente, fuerte en su tranquilidad, se escucha en el mundo llamando los hombres al respeto de la autoridad y la autoridad al respeto de la justicia, — causa estrañeza, digo, que los poderes públicos se manifiesten hostiles á la iglesia católica.

La enseñanza de la iglesia es pública, es á la luz del día. Las palabras del pontífice corren por todo el mundo, y se sabe lo que él dice á los católicos en cuanto á su conducta política. Las encíclicas de Leon XIII debieran desvanecer en todo espíritu sincero el recelo por la influencia de la Iglesia sobre el gobierno y las instituciones civiles. Esa influencia ha sido siempre bienhechora para las sociedades; y los notables documentos á que aludo, muestran cuan solícito es el pontífice por la alianza del orden y de la libertad.

El senador Pizarro leyó algunas páginas de la última encíclica de Leon XIII, que no dejan lugar á duda respecto á lo que afirma. Habrá de ella comentarios diversos, pero algo será intergiversable para los que desapasionadamente lean ese admirable documento, y es que la Santa Sede, manteniendo la misma doctrina, á través de los siglos y difundiéndola sobre los pueblos de todas las razas, sabe con prudencia incomparable tomar en cuenta las circunstancias y dar el precepto ó el consejo oportuno.

El papa dice á los católicos que pueden usar para el bien los medios de accion que ofrecen las sociedades modernas, y no les prescribe por cierto que sostengan una forma determinada de gobierno como si ella sola fuera legitima, ni mucho menos les dice que se afilien á tal ó cual partido.

El católico puede ser monarquista ó republicano; puede moverse libremente en la vida pública, con tal que respete los mandamientos de Dios y de la Iglesia.

Cada católico debe decir como el señor diputado por Buenos Aires: Yo soy una libertad! cuando se trate de vulnerar los derechos de la Iglesia en nuestro país. No le es lícito en tal caso permanecer indiferente y silencioso.

Pero esto no es ser revolucionario, esto no es atentar contra la autoridad civil, esto es simplemente ser fiel á la conciencia, cuyos derechos son imprescriptibles, eternos!

Entre tanto, si hay algo que consuela el

corazon de los que observamos el espectáculo del mundo en la edad contemporánea, de los que observamos con dolor, en medio del prodigioso desarrollo de la riqueza y de las ciencias naturales, una tendencia marcada á despreciar ese *quod divinum* palpitante en el hombre y que se llama el alma, — es la magestuosa y noble figura de Leon XIII.

Desprovisto de los elementos de gobierno que ostentan los poderes de la tierra en todas partes; sin presupuesto y sin ejército, ese anciano admirable es escuchado, es respetado por millones de hombres. Y los representantes de las mismas naciones disidentes ó no cristianas, acaban de ofrecerle, con motivo del quincuagésimo aniversario de su consagracion sacerdotal, los testimonios de la mas alta consideracion.

No hace mucho que España y Alemania le nombran árbitro para resolver una cuestion que de otro modo hubiera podido convertirse en una lucha sangrienta.

El diputado por la capital aludió á la reciente visita del joven emperador alemán al venerable pontífice; y con algun tinte de ironía dijo que habia ido al Vaticano á tratar de política. Francamente no encuentro en esa visita motivo para la ironía. Si el emperador ha tratado de política con el papa, no puede éste haber dicho en esa ocasion, sino lo que dice á todos: palabras de verdad, palabras de vida, palabras en defensa de las débiles y oprimidos.

Yo veo en esa visita un hecho muy importante, yo veo en ella un hecho significativo y auspicioso: un emperador protestante que se presenta respetuoso en la morada del papa; yo veo en esa visita, confirmada la confianza que Leon XIII inspira á los pueblos y á sus jefes.

Y ¿por qué suscitarían desconfianzas los católicos, que se guían por la palabra de aquel?

¿Por qué se proyecta una legislación contraria al espíritu religioso y á los derechos de la Iglesia?

No es su pensamiento solitario lo que debe seguir el legislador, el gobernante: él no se mueve en una region abstracta; la página en que un teorizador ha vaciado su pensamiento, es leída por otro hombre que estudia ese pensamiento, lo juzga, lo acepta quizá y lo sigue en todas sus consecuencias y en todas sus aplicaciones posibles. Este hombre puede extraviarse, puede aun dañarse moralmente á si mismo; pero si el lector es tambien un legislador, un gobernante, y traduce en precepto aquel pensamiento erróneo ó perverso, el mal trasciende inmediatamente á la sociedad y se produce luego el malestar y la perturbacion. Aun obrando de buena fé, se espone el legislador, se espone el gobernan-

Octubre 22 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

15ª Sesión de próroga

te, si procede así, á cargar con una inmensa responsabilidad.

Se legisla, para la sociedad; es necesario estudiarla, conocerla, consultarla. El hombre de Estado es el que se dá cuenta de las necesidades sociales y trata de satisfacerlas, creando el medio institucional adecuado para ello; pero no lo es el que pretende encerrar violentamente la sociedad en el molde de su concepcion individual ó del concepto legal adoptado en otros pueblos.

Leía, hace pocos días, una breve nota en un libro que, por cierto, no se inspira en el espíritu católico, y que se llama el *Annuaire de la législation étrangère*. Era el tomo de las sanciones legislativas correspondientes al año 84. La nota á que me refiero, es muy significativa en el orden de ideas que desenvuelvo. El Anuario transcribe la ley de educacion laica, la ley de escuelas sin Dios, que se sancionó aquí hace cuatro años; y el autor de la nota que en aquella publicacion, acompaña la ley trascrita, dice sustancialmente: «Se ha dado en la República Argentina una ley sobre la enseñanza primaria, y es muy digno de notarse que se establezca en ella la escuela laica, si se tiene en cuenta que la constitucion de esa República establece en su artículo segundo, que el gobierno federal sostiene el culto católico, apostólico, romano.»

He ahí el discreto epigrama que, de fuente no sospechosa, cae sobre la ley para herirla profundamente. Y con razon podria decirse lo mismo respecto á la ley que discutimos ahora.

Señor, dejo la palabra bajo la influencia del mismo sentimiento que expresé al comenzar.

Con toda la sinceridad de mi alma, me dirijo á los miembros de esta asamblea, para decirles: ¡Vais á sancionar una ley de la mayor gravedad! No os olvidéis de que sois argentinos! ¡No olvidéis que la religion católica nos acompañó en nuestras desgracias y levantó al cielo su plegaria para ahuyentarlas; que asistió á los ensayos de nuestra organizacion nacional y la saludó con la voz elocuente del Padre Esquíu! ¡No olvidéis que jamás impidió el desarrollo de nuestras instituciones y que solo tuvo bendiciones y consuelos para los argentinos!

¡Acentuad la tradicion á que debemos nuestras glorias, y pensad que sino se presentan pavorosos en la República los males de la Europa, nos vienen de ellos algunos elementos, destinados á aumentarse cada vez mas y que pueden malear profundamente el carácter nacional!

¡Conservad para la nacion del porvenir los rasgos que hicieron noble y generosa la nacion del pasado!

¡No olvidéis que pesará sobre vosotros una gran responsabilidad si haceis un molde legal en que la sociedad se deforme! ¡Y reunidos en esta asamblea, despues de diez y nueve siglos que la luz divina irradia plenamente sobre el mundo, recordad la gran palabra del Salvador: *Yo soy la via, la verdad, la vida!* Señores, no volvais la espalda á Jesu-Cristo, porque volver la espalda á Jesu-Cristo, es caer en todas las miserias de la corrupcion!

Hé dicho,

(Muy bien! muy bien! Aplausos.)

Sr. Escalante—Pido la palabra.

Señor presidente: yo no me hubiera atrevido á levantar mi humilde aunque sincera voz en este gran debate, si los antecedentes de la discusion y las opiniones en ella vertidas desde su iniciacion en el *senado*, no fueran un comentario obligado al voto de aquellos que, por no tener la preparacion especial que el asunto requiere, hubiéramos preferido darlo en silencio.

Pero las opiniones extremas de los unos, envolviendo, hasta cierto punto, ataques innecesarios á la religion nacional, y las exageraciones apasionadas, si bien igénuas de los otros, afirmando una solidaridad que no existe entre el respeto al dogma católico y el rechazo de este proyecto de ley, me ha decidido á mi, que no me encuentro envuelto en ninguna de estas dos corrientes tan impetuosas como opuestas, á separarme de su vértigo y á hacer á mi vez acto de conciencia, diciendo sin alarde lo que pienso, lo que siento, y cómo votaré en esta cuestion trascendental.

Creo que este antecedente será parte para obtener que la benevolencia de la honorable cámara me sostenga, siquiera sea brevemente, con su atencion, y me conforte en las vacilaciones con que necesariamente tendré que entrar en cuestiones sociales tan complicadas, no solamente por los elementos múltiples que en ellas intervienen, sino, sobre todo, por el estado embrionario de las ciencias que están llamadas á completar en el porvenir la solucion definitiva y positiva que requieren.

No nos lisonjeemos, pues, ni los unos ni los otros de la verdad absoluta, cuando la sociologia, en pañales todavia, no nos ha descubierto su secreto, y recordemos todos, para ser tolerantes, en esta discusion, que si los unos han podido decirnos con justicia: «No monopoliceis el liberalismo, porque tambien nosotros somos una libertad,» los otros, los sostenedores de la ley, podemos contestarles tambien, con verdad: No monopoliceis el cristianismo, porque nosotros tambien somos cristianos!

(Aplausos).

Octubre 22 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

15ª Sesión de próroga

Por que en efecto, señor presidente, creo que puede demostrarse, colocándose en el terreno seguro del derecho racional, que la ley que se discute no lo contraria, en manera alguna, y que de acuerdo con sus principios, de acuerdo con las bases de la filosofía política, y de la legislación positiva en lo constitucional, en lo civil, y en lo canónico, podemos realizar el pensamiento fundamental de esta ley sin herir ninguno de los intereses que ella está destinada simplemente a favorecer, que está destinada simplemente a asegurar, para que se desenvuelvan con libertad dentro de la atmósfera de la justicia, que el estado debe suministrar a todos los intereses y a todas las aspiraciones.

Debemos, pues, colocarnos en este terreno neutral, en que todos podemos darnos la mano, siquiera vengamos de distintas direcciones y, entonces, a la luz de los principios del derecho racional, que no es incompatible con las creencias, ni con el libre pensamiento, podremos sentar las bases seguras de las soluciones de esta cuestión de legislación.

Y como los caminantes que vienen de distintos puntos por las dos pendientes opuestas de la montaña llegan hasta la cumbre y una vez en la meseta, perdida ya la silueta de los caminos, pueden contemplar rutilante sobre su cabeza el sol que les dá la luz y el cielo que los cubre, del mismo modo los diputados que deseamos una solución acertada en esta cuestión, aunque viniendo de direcciones opuestas, podemos llegar a encontrarnos ante el sol rutilante de la verdad y cubiertos por el cielo de la justicia que estamos llamados a interpretar en las relaciones de la familia.

(Aplausos)

La solución histórica que se ensayaba por mi honorable colega, el elocuentísimo diputado por la provincia de Buenos Aires, que primero habló, me parece que está llena de peligros.

La tradición histórica no puede en este caso ser la base del legislador, por que implica una vinculación forzosa a una creencia y a un dogma que no se puede erigir en la norma y el instrumento exclusivo de la legislación.

Porque si bien los unos buscan la interpretación histórica en la tradición bíblica y en la fé, los otros la niegan y pretenden arrancar de las entrañas de la evolución biológica y sociológica el secreto de la solución a estos problemas, y del origen y la vida misma del hombre, de la familia y de la sociedad. Entonces, pues, hay doble razón para prescindir de esos terrenos exclusivos, y sin afirmar ni negar la verdad de los unos ni de los otros, colocarse en el terreno neutral de que hablaba para interpretar la justicia, porque es precisamente en ese punto confluyente de las ideas

de los sentimientos y de las aspiraciones de todos, en donde se ha de encontrar la verdadera solución práctica del problema, si es que esa solución ha de estar encarnada en las entrañas mismas de la sociedad, como tan bien lo ha señalado mi honorable colega que acaba de hablar.

Para mi, señor, la verdadera teoría racional descansa en principios sumamente sencillos, principios reconocidos, puedo decir, por el sentido común de todas las gentes ilustradas.

El hombre ha venido al mundo y tiene que desempeñar en él una misión de perfeccionamiento.

Pero ha venido armado de una libertad y de una inteligencia que lo hacen responsable de sus propios actos. Y por lo mismo que bajo esta responsabilidad tiene deberes que cumplir para encaminarse a su nobilísimo destino, tiene derecho a todas aquellas condiciones, a todas aquellas facultades de que está dotado para llenar ese fin, que le es impuesto por una ley superior, anterior a su existencia transitoria, ley permanente, realizada en un ser infinito.

Si, pues, el hombre vino al mundo con derechos, y estos derechos son anteriores a toda legislación y a toda sociedad, resulta que toda legislación, que toda sociedad y que todo estado tiene el deber de reconocer aquellas cualidades y condiciones con que está revestido por el orden moral.

Pero el hombre, señor, si posee derechos como individuo, aún independientemente de las relaciones de familia y de las relaciones sociales que contrae, tiene que accionar con esas facultades y con esas condiciones de que está revestido en esferas diversas de la vida, en las esferas físicas y sociales. Y la primera esfera social en que desenvuelve sus actividades, es la familia.

Y bien, el hombre entra a la familia y la constituye, porque para ella está organizado en sus facultades físicas, morales e intelectuales, porque a ella le llevan todas las tendencias irresistibles de su organismo y de su espíritu, todos los amores de su corazón, todas las ideas de su inteligencia y todos los esfuerzos de su voluntad.

De donde se deduce, que si en el caso particular es libre para constituir la unión, en cuanto a la unión misma, (coincido con las opiniones de los honorables colegas que me han procedido en la palabra), en cuanto a la naturaleza de esta unión la voluntad no tiene parte, la voluntad no puede trasformarla, modificarla, desnaturalizarla. Entonces, la naturaleza de esa unión que las partes no pueden alterar, se ha de traducir en el acto que constituye el matrimonio.

Octubre 22 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

15ª Sesión de próroga

Para mí, señor, la naturaleza esencial del matrimonio consiste sencillamente en la unión del hombre y de la mujer por una comunidad de todas sus actividades para todos los fines de la vida; y me parece que dentro de esta definición amplísima, que comprende á todo el individuo, en todas sus facultades y en la vasta escena en que tiene que desarrollarse, que dentro de esa definición, digo, cabe el espíritu religioso, cabe el espíritu independiente, caben, en una palabra, todos los matices de la inteligencia y los sentimientos de las diversas clases sociales. (*Muy bien!*)

Y bien, el hombre en todas sus actividades individuales y en todas las escenas en que tiene que aplicarlas, está envuelto por el fin ético superior de su vida, que lleva impreso en su naturaleza, por el fin de perfeccionamiento, por la ley de alta moral que debe cumplir.

Por eso, al constituir su familia, no puede abdicar su personalidad, no puede deshacerla, y debe conservarle el sello de nobleza y dignidad que ha impreso sobre su frente el Creador para distinguirlo y elevarlo sobre los demás seres del universo.

Y, si tiene que entrar con su personalidad íntegra, si no puede abdicar de sus derechos, si, por el contrario, va á constituir una sociedad para fortalecerlos y mantenerlos por el mútuo auxilio y por la comunidad de todas las actividades, se sigue, desde luego, que la familia está limitada en cuanto á las cláusulas de contratación de los esposos, por la naturaleza misma de los individuos que la forman, por la ley moral, en fin, que gravita sobre ellos, desde antes que la constituyan.

Así, pues, si en el acto del matrimonio existe el principio humano, libre por el consentimiento prestado para realizarlo, en ese mismo acto, considerado en su realidad concreta, existe, al mismo tiempo, el fondo natural del derecho, existe el fondo social y el de una institución eminentemente moral, porque comprende no solamente las relaciones jurídicas sino las morales, dentro de las cuales están las relaciones religiosas, que son su interpretación, en una forma ú otra, según los distintos ritos de que se trate.

Ha dicho muy bien mi honorable colega por Buenos Aires, que si bien pueden considerarse distintos aspectos en el matrimonio, estos aspectos no pueden separarse de él sino como una abstracción de la inteligencia, para mejor considerar el papel de cada uno de ellos, pero que, en la realidad, el hecho vivo, tangible y concreto del matrimonio es uno solo, aunque presente diversas facetas á los distintos puntos desde donde se le considere.

Coincido exactamente con esta opinión, y me digo: lo que es sustancial en el matrimonio, su carácter de sociedad universal entre el hombre y la mujer, para realizar las funciones generales de la familia y el fin ético que envuelve todas las actividades humanas, tiene necesidad, para constituirse y expresarse, de las formas del consentimiento, de las formas del convenio, y no se concibe matrimonio sin convenio; si bien es cierto que no basta el consentimiento para que el matrimonio se constituya.

Por consiguiente, pues, si la sustancialidad del matrimonio es una, la forma del matrimonio es otra. Y la forma es la expresión que le dá origen, que lo traduce en realidad; es esa forma consensual que lo constituye en un contrato; y si no se quiere llamar así (no puede hacerse cuestión de ello porque no es importante para el debate), llámesele acto humano, libre, voluntario, capaz de producir derechos y obligaciones.

Y basta que haya un acto jurídico voluntario y humano, aun cuando no constituya contrato, para que caiga bajo los dominios de la legislación en este aspecto, como mas adelante lo demostraré.

Pero el hombre no opera solo en la esfera de la familia. El hombre actúa también dentro de la esfera social, ya por intermedio de la familia, ya con separación de ella; porque, después que ha formado las relaciones con su cónyuge y con sus hijos, actúa á su vez directamente como individuo creando relaciones sociales mas estensas que las familiares.

No solo tiene relaciones de familia, sino que, cuando se encuentran en contacto unas familias con otras y unos individuos con otros, surgen relaciones entre familia y familia, entre individuo é individuos; y estas nuevas relaciones mas estensas, son también anteriores al Estado, en cuanto ellas están regidas por el derecho natural y en cuanto proceden de la naturaleza moral y psicológica del individuo.

Estas relaciones son tan respetables, tan sagradas como las relaciones de familia.

Así, cada individuo en la sociedad está obligado á respetar la esfera del derecho de los otros, porque basta á cada uno que su esfera esté asegurada, para que dentro de ella pueda ejercer amplia y libremente toda su actividad, y llenar, por consiguiente, todos los fines parciales que constituyen su fin general.

Pero es que esa ley natural, esa armonía que nace de la naturaleza misma del hombre y de los principios morales á que está subordinado, no se observa siempre en la práctica.

Octubre 22 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

15ª Sesión de próroga

Ella no basta para constituir el orden social, porque todos los hombres, cuando no hay autoridad superior que los obligue, no solo no se contienen dentro de la órbita de su derecho, sino que, por ignorancia, pasión ó egoísmo, invaden la órbita del derecho ajeno.

De ahí la necesidad de una autoridad superior á la fuerza individual; de una autoridad superior á la fuerza de las entidades elementales de la sociedad, que tenga el poder de declarar el derecho en los casos dudosos y de asegurarlo contra el ataque que podía llevar el egoísmo de los demás.

Tal es el origen del Estado. Y nos encontramos en el vestibulo del gran edificio de la filosofía social.

Pero, señor presidente, esta cuestión se liga esencialmente con la noción de la soberanía del Estado; y precisamente acabo de sentar la base que da la clave para definirla con seguridad y para establecer también cuales son sus fines.

He dicho que bastaría la observancia de las leyes naturales á que el hombre está su subordinado por su constitución psicológica y por su constitución moral, para que se mantenga el orden social y para que dentro de ese orden pueda desenvolverse todas sus actividades hacia la realización de sus grandes destinos; y que solo por la inobservancia del derecho natural es que surge la necesidad de una autoridad, de donde se deduce que el Estado es instituido, pura y exclusivamente, para declarar el derecho en los casos dudosos, y asegurarlo poniendo la fuerza al servicio de esas declaraciones.

La misión del Estado es pues, hasta cierto punto, una misión negativa. Ella se reduce á cuidar que se respete el recinto donde se mueve cada uno de los individuos de la sociedad, donde se mueve cada una de las familias, donde se profesa cada una de las creencias.

Y entonces, si esta es la misión del Estado, es claro que él tiene la facultad de declarar el derecho allí donde el derecho surja, y que tiene la facultad de asegurarlo allí donde peligro.

Luego, pues, bastará, para resolver si el Estado tiene la facultad de legislar sobre el matrimonio, establecer si el matrimonio da ó no lugar á controversias posibles respecto á la definición de esos derechos, y si hay ó no ataques posibles contra ellos, que sea necesarios evitar ó remediar.

De aquí fluye también que la autoridad del estado, no consiste sino en el poder de declarar y asegurar el derecho, y que su soberanía está limitada por la justicia y por el derecho eterno, que encuentra su realiza-

ción, su razón y su objetivo en Dios. (*Muy bien! Muy bien!*)

Así, esta teoría está muy lejos de llevar á las exageraciones del espíritu revolucionario del contrato social, que tanto alarmaban al primer diputado por la provincia de Buenos Aires, que nos encantó con la elocuencia de su discurso.

Nó, señor presidente; yo no suscribiré jamás á esas teorías tiránicas que entregan á la voluntad discrecional y arbitraria de los muchedumbres la interpretación de la justicia, porque eso importa entregarla á los caudillos que las dominan para envilecerlas; porque eso importaría romper todos los atributos mas dignos de la personalidad humana, para ponerlos en manos de un poder que los inutilice completamente para la consecución de su gran destino. Nó; no suscribiré esas teorías delirantes, pero tampoco suscribiré teoría alguna que importe el desconocimiento de la libertad mas absoluta de la actividad de los individuos, sea cual fuera su creencia, para constituir la familia y desenvolverse con la mayor amplitud dentro del gran escenario de la sociedad universal, á fin de llegar á su perfeccionamiento en toda la vida práctica y en todas las esferas en que quieran emplear las facultades que el Creador ha puesto en sus manos. (*Muy bien!*)

Y bien, si esta teoría del Estado es aceptable, quiere decir que allí donde haya un derecho, una relación, allí puede intervenir la soberanía del Estado, y que si ella está limitada por la justicia, también alcanza donde quiera que la justicia se estienda.

Luego, pues, ó hay que negar que existen relaciones jurídicas entre los esposos, ó hay que confirmar el poder del Estado para legislar sobre esas relaciones.

Y ¿quién duda que aparte de la esencia que constituye el derecho natural, el Estado, que es el encargado de darle sanción positiva, tiene la facultad de definir las relaciones jurídicas que nacen entre los esposos?

No digo que el Estado las desnaturalice ó que las desconozca; pero sí digo que él tiene la misión y la obligación de asegurarlas, que tiene la misión de declararlas y definir las en los casos dudosos y en todas las complicaciones que dan lugar á ellos.

Y ¿quién duda que hay relaciones jurídicas de obligaciones y derechos entre los esposos?

¿Quién duda que con estas relaciones se complican despues las de los esposos con los hijos y las de estos con sus hermanos, y así sucesivamente en todo el organismo de la familia, sea cual fuere su estension segun la naturaleza de cada país?

Octubre 22 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

15ª Sesión de próroga

¿Se negará que el Estado está encargado de definir estas relaciones, declararlas y asegurarlas en los casos dudosos?

Se dira: está bien que el Estado declare y asegure las relaciones de derecho que surjan en la familia, pero no que tenga el poder de desnaturalizarlas ni de crearlas, porque la familia es anterior á la organizacion del Estado.

Pero aqui tengo que analizar un punto fundamental del discurso de uno de mis honorables colegas por Buenos Aires: el referente al orden de existencia del individuo, de la familia y de la sociedad, con relacion al Estado, y la consecuencia que de ello deducia respecto á la intervencion del Estado para legislar sobre la familia.

Sin duda alguna, la familia, en el orden racional, ha precedido á la sociedad, ó, diré para ser mas exacto, á la sociedad natural, y la sociedad natural ha precedido al Estado.

Por consiguiente, cuando la sociedad natural se organizó, es decir, se constituyó en sociedad política, encontró la familia más ó menos constituida, mas ó menos hecha.

Pero de aqui no se deduce que porque el individuo, la familia y la sociedad sean anteriores al Estado, este no tenga el poder de legislar sobre el individuo, sobre la familia y sobre la sociedad, porque entonces la soberania política habria desaparecido completamente, y yo no sé sobre qué fundamento, sobre qué teoría se podría edificar el principio de autoridad á que tanto amor debe tener el espíritu conservador del señor diputado por Buenos Aires.

Y bien, señor, si por el hecho de preceder el individuo, la familia y la sociedad á la organizacion del Estado, no está este desprovisto de la facultad de declarar y asegurar los derechos individuales, los de familia y los sociales, es claro que, bajo ese punto de vista, no puede creerse lealmente que el señor diputado por Buenos Aires profese semejantes principios.

Debemos entender mas bien que quiere decir que si el Estado tiene facultad de legislar sobre esas entidades anteriores á su nacimiento, debe legislar para garantizarlas en su propia filiacion y constitucion natural, no para desvirtuarlas, sino para crearles una atmósfera de seguridad, y en esto estamos perfectamente acordes.

Entónces, llegamos á este punto luminoso para decidir esta cuestion. La institucion del matrimonio civil ó mejor dicho, para ser mas exacto, la institucion civil del matrimonio, porque de eso es de lo que se trata: ¿desnaturaliza acaso el matrimonio? ¿Rompe ó ataca su esencia en algun punto? ¿Desconoce los derechos naturales de los individuos

que constituyen la sociedad? ¿Desconoce su naturaleza de comunidad, para los fines de la vida? ¿Lastima siquiera el espíritu religioso de que puede estar penetrado?

Me parece que nó, y voy á tratar de demostrarlo.

Desde luego, la institucion civil no importa el desconocimiento, bajo ningún punto de vista, de la institucion natural del matrimonio; porque aquella no implica sino una constatacion civil de esta, que de ninguna manera desconoce las relaciones que deben existir entre los esposos y las que estos mantengan con los hijos.

Así la mera institucion civil del matrimonio no repugna en nada á su naturaleza. Porque, lesde que segun la institucion civil del matrimonio no puede este realizarse sin el consentimiento, sin la voluntad libre, ó entre personas incapaces de llenar los fines con que tal sociedad está universalmente constituida, resulta que la legislacion en manera alguna ataca las bases fundamentales del matrimonio.

Si la legislacion no traduce sino las bases del derecho natural, afirmo que no solamente no contraria la naturaleza del matrimonio, sino que ni siquiera contraria el carácter religioso que puede revestir para los creyentes.

¿Por qué? Porque la esencia misma sobre que recae el sacramento, segun el dogma católico, consiste precisamente en el contrato natural ó si se quiere, porque repito, no hago cuestion de palabras, en la institucion natural del matrimonio. De donde se sigue que si la ley civil toma precauciones para que la institucion del matrimonio no se desnaturalice y se llenen ampliamente las condiciones de su existencia, bajo este punto de vista, la constatacion civil del matrimonio, lejos de ser contraria á la institucion sacramental del mismo, la complementa, porque deja á los esposos en libertad de ir ante el sacerdote capaz de dispensarles la gracia divina. (*Muy bien! muy bien!*)

Se dice, que el sacramento es un signo visible de la gracia conferida por la religion á los esposos, y que ese sacramento ha nacido con la nueva ley, que ha sido instituido por Jesu-Cristo; pero que antes existia, como institucion natural, es decir, existia, por consiguiente, el hecho natural del matrimonio con relaciones morales y jurídicas entre los esposos.

Vino, pues, la nueva ley á poner un sello sobre un hecho existente. La nueva ley no inventó el matrimonio. La nueva ley no estableció que hubiera hombres y mujeres: encontró la naturaleza humana constituida en todos sus principios, en todos sus elementos psicológicos y en todas sus esferas: la encontró formada y radicada en la fa-

Octubre 22 de 1888

CAMARA DE DIPUTADOS

15ª Sesión de próroga

millia con mucha anterioridad á toda ley positiva, y, por consiguiente, cuando se instituyó el sacramento como una gracia, se instituyó como un riego fecundo que vino, desde las alturas inefables del Creador, á lavar las miserias de la criatura para sublimarla y hacerla semejante á Cristo que la redimió.

Y si este es el espíritu de la institucion sacramental del matrimonio, resulta entónces que no hay necesidad, ni ningun economista, ni ningun teólogo lo sostiene, de que el acto del contrato se celebre forzosa é inevitablemente, sola y simultáneamente con el sacramento, único caso en que se podria sostener que el convenio es incompatible con el sacramento.

Desde el momento que no hay dogma ninguno que se oponga á que sobre un matrimonio legal se derrame la gracia por el ministerio de los mismos contrayentes, ratificando ante el párroco su voluntad de unirse perpétuamente para todos los fines de la vida; y desde que no hay ningun canon que prohiba la concesion de esa gracia, resulta que no hay nada que se oponga á los inefables beneficios de la religion para ningun creyente en los momentos en que contrae matrimonio; del

mismo modo que las partidas del nacimiento y la defuncion no se oponen á los sacramentos del bautismo y la extremauncion.

Entónces, pues ¿adonde está la irreligiosidad, la impiedad, la inconveniencia del matrimonio civil, objeto de nuestras deliberaciones en el momento actual? ¿Adonde está, en qué consiste el peligro de esta institucion de mera legislacion, que pone al César dentro de sus propios dominios? ¿A donde está el ataque que lleva á los dominios de Dios y de la Iglesia? ¿No se podria decir con mas verdad y con mas exactitud, que mas bien se ha entregado á los dominios de Dios los poderes pertenecientes á los dominios de César? (*Aplausos,—¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Consúlte cada uno su conciencia con la historia de la legislacion canónica en la mano y la respuesta no será contraria.

Sr. Riquelme.—Pido la palabra.

Hago mocion para que se levante la sesion, por ser la hora avanzada y estar algo fatigado el señor diputado que tiene la palabra.

—Suficientemente apoyada esta mocion, se vota y es aprobada. Se levanta la sesion siendo las 5 y 45 p. m.